

Belén González Paredes y María Antonia Caro Hernández
Jóvenes y violencia sexista: alarmas, profecías y realidades

20 de febrero de 2017.

¿Son más violentos los jóvenes? En este artículo expondremos que en la adolescencia y en la juventud perviven comportamientos sexistas; también constataremos que hay violencia sexista entre adolescentes y entre jóvenes. Sin embargo, sostenemos que ningún estudio demuestra que la juventud sea más violenta que el resto de la población o que lo sea más que en el pasado. Analizaremos cómo se fundamenta la alarma social y nos detendremos en algunas singularidades de la población joven en este ámbito, como son las prácticas de control y la expresión de estos problemas en las nuevas tecnologías.

Nuestra experiencia, desde el Programa Por los Buenos Tratos, iniciado hace más de una década, nos reafirma en la necesidad de ampliar la intervención preventiva y de educación en valores con jóvenes, particularmente en el ámbito de las relaciones de pareja¹. Este ámbito es el que se muestra más resistente a superar concepciones sexistas por parte de unas y otros, así como a eliminar comportamientos de abuso o violencia. Es en esa esfera de la pareja heterosexual donde se están produciendo los mayores índices de violencia sexista contra las mujeres y es también ahí donde se reflejan singularidades, como las concepciones problemáticas sobre el amor y la pareja, que merecen una atención específica.

La dedicación a los jóvenes viene justificada por dos razones fundamentales. La primera es que los programas de educación en valores son más eficaces si se desarrollan en edades tempranas. Los estudios realizados sobre la violencia demuestran que ésta es aprendida, y que son decisivas las experiencias vividas en la infancia y en la juventud. En este sentido, las intervenciones educativas adecuadas pueden jugar un papel relevante para ofrecer bases que les protejan de la violencia, como viene insistiendo Díaz Aguado:

“Los estudios realizados sobre la violencia demuestran que es aprendida y que en dicho proceso desempeñan un decisivo papel las experiencias que se viven durante la infancia y la juventud con las personas más significativas, con las que se establecen los primeros vínculos sociales, y se aprende a interpretar el mundo. En función de lo cual puede entenderse lo importante que es para prevenir la violencia intervenir en el momento en el que se están aprendiendo estos primeros modelos sociales, porque a través de ellos se estructuran las relaciones sociales y se desarrollan las expectativas básicas sobre lo que se puede esperar de uno/a mismo/a y de otras personas, esquemas que tienen una gran influencia en el resto de las relaciones que se establecen[...] Los niños y las niñas que cuentan con experiencias educativas adecuadas desarrollan una visión positiva de los seres humanos, necesaria para: aproximarse al mundo con confianza, afrontar las dificultades de forma positiva y con eficacia, obtener ayuda o proporcionarla; condiciones que les protegen de la violencia.” DÍAZ AGUADO, M.I. (2005:2).

La segunda razón es que pervive la violencia sexista en las parejas jóvenes. Aunque queremos llamar la atención y razonar que no se está expresando más violencia en los jóvenes que en el resto de la población.

La alarma social que pesa sobre los jóvenes está muy extendida, es un lugar común, recurrentemente aparece en los medios de comunicación², en los ambientes activistas... Esta alarma se sustenta en prejuicios como el de que los jóvenes son más violentos o que se ha retrocedido respecto al pasado. Creemos que solo desde una imagen idealizada del pasado se puede afirmar esto, dado que los avances

¹Entendiendo por pareja toda relación afectivo sexual de mayor o menor duración y también referido a ex parejas.

²Algunos titulares como botón de muestra: “La violencia machista persigue cada vez más a las jóvenes” (*eldiario.es*. 31/12/2013). “Hoy en día podemos afirmar con rotundidad que hay un retroceso” (R. Cobo), *La Opinión*, (22/2/2015), La Coruña, “Machistas de 15 años. Los expertos alertan: el machismo juvenil, lejos de desaparecer, está creciendo” (L. De la Fuente, *madridiario.es*13/2/ 2014). “Cruz Roja avisa de aumento de machismo entre jóvenes y apuesta por prevención” (*La Vanguardia*24/11/2015).

en igualdad y el retroceso del sexismo son notables. Según Inés Alberdi (1999), el cambio de valores en relación a la familia ya la posición de la mujer en ella es una de las variables más significativas del cambio social en los países industrializados. En el caso español, estos cambios tienen su génesis ya en los años 60, se afianzan y cristalizan lentamente a lo largo de los 80, caminando hacia transformaciones más estructurales en la década de los 90.

El cambio social requeriría una mayor atención para la comprensión de la realidad actual. Creemos que es importante destacar la envergadura de estos cambios, reconocer los avances y apoyarse en ellos, porque todo ello, además de ayudarnos a ser más realistas y más ecuanímenes, nos permite aprender.

Es imprescindible contextualizar históricamente estos fenómenos para avanzar en una mayor conciencia de que son logros sociales, pues sin este punto de partida será más difícil comprender el esfuerzo que esas conquistas han supuesto, asentar determinados cambios menos sólidos y generar estímulo para seguir avanzando. También es imprescindible para mostrar el papel central que debe desempeñar la sociedad civil en estas transformaciones y, en este sentido, valorar la encomiable labor de los movimientos sociales, particularmente, del movimiento feminista. Se trata de hacer comprender que los logros no son una realidad “natural” e inquebrantable; que siguen necesitando defensores porque se puede retroceder, como pudimos comprobar con el intento de socavar el derecho al aborto o con los actuales recortes del gobierno español en políticas de igualdad y contra la violencia sexista³, y porque siguen quedando muchos retos pendientes hasta erradicar el sexismo y la violencia de nuestras vidas. Para ello seguimos necesitando una ciudadanía que se implique. Esta labor divulgativa sobre los logros sociales es especialmente pertinente con las generaciones más jóvenes; además, es su futuro lo que está en juego.

Tan importante como reconocer los avances es detectar los problemas. Es decir, acotar con realismo cuáles son y, en la medida de nuestras posibilidades, precisar cómo podemos intervenir para mitigarlos.

Cuando se insiste en que los jóvenes son más violentos o en que hay más violencia, como si de un tópico políticamente correcto se tratase, no estamos aproximándonos a una buena comprensión de la realidad que nos ayude a actuar para transformarla. Ningún estudio avala esa concepción sobre la juventud. Son ideas u opiniones que se repiten a partir de algún dato aislado (como el control, que sí constituye una práctica más frecuente y tolerada entre personas jóvenes) o de estadísticas sobre comportamientos abusivos en las redes sociales, de las que la juventud es su principal usuaria. En otras ocasiones, se trata de generalizaciones mal fundadas: al constatar un problema en un sector de adolescentes, se extrapola a toda la adolescencia y juventud. Finalmente, es una mirada sesgada que destaca tan sólo los problemas de una generación, ignorando lo mucho de positivo que también tiene.

Las alarmas sociales sobre los comportamientos juveniles son contraproducentes y no contribuyen a aminorar la violencia realmente existente. Entre otras razones porque se puede acabar contribuyendo al problema que se quiere combatir, a base de darle carta de naturaleza reiterándolo insistentemente; pero sobre todo porque un diagnóstico deficiente dificulta poder adecuar la intervención a la realidad.

A continuación vamos a ofrecer algunos datos y reflexiones que nos permitan afrontar este problema de manera más certera. Intentaremos argumentar que las investigaciones sobre sexismo y sobre actitudes violentas confirman que los jóvenes no se diferencian mucho del conjunto de la población. Es más, entre los jóvenes, el nivel de rechazo global a la violencia sexista es casi total y puede superar incluso al registrado en otras edades, con índices de hasta el 96%⁴. Lo que sí avalan los datos disponibles es que pervive el sexismo en la juventud y que además se viene produciendo una transmisión intergeneracional de la violencia en la pareja.

³ “La ONU suspende a España en igualdad de género” (CEDAW-Sombra, 2/7/2015). “El presupuesto para la prevención de la violencia machista se recorta un 26% desde 2010” (*eldiario.es*, 31/8/2015). “El gobierno elimina planes de igualdad para pequeña y mediana empresa” (Cadena Ser, 23/1/2017).

⁴ El 96% de las mujeres entre 15 y 29 años (frente al 92% del total de mujeres) y el 92% de los hombres considera “totalmente inaceptable” la violencia de género. Un rechazo que aumenta con la edad, de manera que pasa de un 92% de 15 a 17 años a un 95% de 25 a 29 años. DE MIGUEL LUKEN (2014: 74).

En esta misma línea se sitúa el *Informe de Jóvenes españoles* (2005), en el que la violencia de género figuraba como el segundo de los 7 “comportamientos menos justificados”, por detrás del terrorismo, que ocupaba el primer lugar.

La juventud en cifras. Datos disponibles de violencia sexista en jóvenes y adolescentes

Cuando nos aproximamos a los datos encontramos algunos límites.

El primero es la disparidad conceptual referida a la juventud o los jóvenes que se maneja en los diversos estudios, particularmente lo que se refiere a los tramos de edad. Sin duda, ello dificulta establecer análisis comparativos entre unas y otras investigaciones. Más problemático aún es cuando las interpretaciones de los datos con adolescentes se extrapolan al conjunto de los jóvenes.

El segundo es que los estudios más significativos sobre adolescentes y jóvenes referidos al asunto que nos ocupa son recientes, es decir, fundamentalmente de los últimos 15 años. Además, generalmente no se han mantenido indicadores homogéneos. La Macroencuesta (DE MIGUEL LUKEN, 2015)⁵ es uno de los de los pocos estudios que han tenido continuidad con parámetros similares, pero está limitada a mujeres ya mayores de 18 años. Sin duda cabe contrastarla con la de 2015, aunque considerando las diferencias: la muestra abarca a partir de 16 años y se modifican parcialmente algunos indicadores. Muy útiles son los estudios dirigidos por M^a José Díaz Aguado (2010, 2014) que permiten comparar la evolución entre 2010 y 2013. Resultan de interés también otros estudios, como el del INJUVE (FERNÁNDEZ-LLEBREZ, 2012), aunque establece comparaciones en base a elaboraciones deducidas de estudios anteriores. En definitiva, consideramos que no hay suficiente distancia temporal para examinar la evolución con cierto rigor, de manera que se pueda confirmar una tendencia.

El tercer inconveniente se refiere a la dificultad misma de valorar la violencia juvenil existente y sus dimensiones. Los datos, en ocasiones, remiten a denuncias presentadas o a casos judicializados en sus diversas fases (instrucción, medidas cautelares, sentencias...), mientras que otros estudios se refieren a actitudes agresivas ocasionales o a ideas favorecedoras de comportamientos violentos.

Finalmente, otro aspecto a tener en cuenta es que disponemos, sobre todo, de estudios cuantitativos. Como afirma Carmen Ruiz (2016:11) “queda mucha información por conocer sobre los mecanismos que legitiman y reproducen este problema social”⁶. Conocer mejor los mecanismos que están detrás del engranaje de la violencia en estas edades nos ayudaría sin duda a diseñar líneas de intervención más acordes con la realidad.

Hechas estas salvedades, reafirmamos que en nuestra labor de investigación no hemos encontrado ningún estudio que demuestre que los jóvenes ejerzan más violencia de género que el resto de la población o que lo hagan en mayor medida que en el pasado.

Lo que sí demuestran los datos son dos fenómenos relacionados aunque de diferente naturaleza⁷: uno, que perviven rasgos sexistas entre la adolescencia y la juventud; y dos, que se legitiman determinados comportamientos abusivos y violentos. Vamos a ilustrarlo brevemente, entresacando de diferentes estudios algunas muestras significativas, constantes o comunes de estos dos problemas.

Compartimos las conclusiones del estudio del INJUVE (FERNÁNDEZ-LLEBREZ, F. 2012:109) cuando afirma: “tal como ha sido señalado ya por varios autores, esta generación de hombres y mujeres jóvenes no tiene parangón en la incorporación de valores finalistas como referentes fundamentales en sus vidas...”. En lo que respecta a la igualdad de género es también una realidad. Sin embargo, paralelamente, los diferentes estudios dan cuenta también de comportamientos y actitudes que no se corresponden con dichos valores. “Persisten desigualdades de género y ciertos rasgos sexistas en determinados espacios claves de la vida de los y las jóvenes”, por ejemplo, aquellos referidos a una división de atribuciones, funciones y responsabilidades en los ámbitos familiares y laborales.

De hecho, es en el trabajo doméstico y en el trabajo remunerado donde persisten con mayor intensidad, y ellas así lo perciben, las desigualdades de género. El estudio del INJUVE refleja que “son en gran medida

⁵La Macroencuesta de violencia de género la inicia el Instituto de la Mujer en 1999 hasta 2011. A partir de ese año hasta 2015 ha sido la Delegación del Gobierno para la Violencia de Género quien la ha proseguido con algunas variaciones.

⁶Es un estudio realizado con entrevistas a 22 chicas menores de edad que han sufrido violencia sexista y a 6 chicos, 2 de ellos condenados por violencia de género y los otros 4 por violencia filio-parental.

⁷Sexismo no es igual a violencia aunque el sexismo sea un factor de riesgo indiscutible. Para profundizar en factores de riesgo ver CARO, M.A. y FERNANDEZ-LLEBRÉZ, F. (2010: 60-102).

las mujeres jóvenes quienes siguen realizando la mayoría del trabajo doméstico. A excepción de alguna actividad concreta, tanto las jóvenes que residen aún con la familia de origen —fundamentalmente de 15 a 24 años— como las que ya se han emancipado y conviven en pareja —fundamentalmente de 25 a 29 años— realizan siempre o habitualmente las tareas del hogar, las hacen con más frecuencia y le dedican más horas. Esto supone que, a pesar de que se aprecia un aumento de la participación de los hombres jóvenes, el trabajo doméstico recae sobre las jóvenes” (FERNÁNDEZ-LLÉBREZ, 2012: 66-69,109).

Encontramos también concepciones estereotipadas de masculinidad y feminidad en otros ámbitos, como queda reflejado en el cuadro del estudio de Andalucía Detecta dirigido a adolescentes de 14 a 16 años (DE LA PEÑA, 2011: 29, 31 Y 26):

- “Para un hombre una mujer frágil tiene un encanto especial” de acuerdo el 37,4% chicos y 29,3% chicas.
- “En la pareja lo normal es que el hombre proteja a la mujer y no la mujer al hombre”...De acuerdo el 43,2% chicos y 40,2% chicas. Y muy de acuerdo el 20,8% chicos y 12,9% chicas.
- “Nadie como las mujeres saben criar a sus hijos/as” el 46,5 % de chicos y el 45,1% de chicas responden afirmativamente.

Abundando en estas mentalidades sexistas en el ámbito afectivo-sexual, un estudio con chicas y chicos de 13 a 18 años (DÍAZ AGUADO, 2010:90-91) contempla que el 33% de los chicos estaba muy/bastante/algo de acuerdo con la afirmación: “está bien que los chicos salgan con muchas chicas, pero no al revés”. El porcentaje de chicas se quedaba en el 9%.

Más allá de estas concepciones sexistas, también se expresan comportamientos abusivos y violentos⁸ e ideas legitimadoras de los mismos, aunque afortunadamente no en mayor proporción que en el resto de la población. En ese sentido resultan reveladoras las respuestas que dan estos adolescentes a la pregunta sobre los mensajes escuchados con frecuencia a personas adultas. Ideas como “es correcto pegar a alguien que te ha ofendido” las han escuchado (muy /bastante) un 14,4% de chicos y un 4% de chicas, pero llegan a alcanzar el 58,8% entre los chicos y el 30,9% si sumamos a quienes han respondido haberlo escuchado alguna vez. El 26% de los jóvenes (34,2% de chicos y 17,6% de chicas) ha oído a menudo/frecuentemente “si alguien te pega, pégame tú” y alcanza hasta el 79% de los chicos y el 68% de las chicas si añadimos a quienes *lo han escuchado alguna vez*. Una legitimación de la violencia para el afrontamiento del conflicto que sigue impregnando las mentalidades sociales de las que la juventud se nutre y a su vez expresa (DÍAZ AGUADO, 2010: 95-97)⁹.

Quisiéramos destacar, finalmente, otro grupo de concepciones problemáticas, clave para un mejor entendimiento del fenómeno de la violencia en la esfera afectivo-sexual. Nos referimos a las ideas en torno al amor ya la pareja. Entre ellas, por ejemplo, las asociadas a los celos como muestra de amor. En el estudio de *Andalucía Detecta* (DE LA PEÑA, 2011: 48), un 61,2% de los chicos y un 41,7% de las chicas están de acuerdo con la afirmación: “si tu parejatiende a mostrar celos injustificados, es normal, los celos son una prueba de amor”. Un resultado similar a ese 73,3% de chicas y chicos que dicen haber recibido ese mensaje alguna vez (un el 36,3% a menudo) de personas adultas, (DÍAZ AGUADO,2014: 9 y 114)¹⁰.

Hemos ilustrado tres grupos de problemas que constituyen factores de riesgo sociales relevantes en materia de violencia sexista (sexismo; legitimación del afrontamiento violento del conflicto y concepciones problemáticas sobre amor y sobre la pareja). Pero la cuestión es que los problemas encontrados entre los jóvenes son muy similares respecto al conjunto de la población, es decir, hay una reproducción de modelos (DÍAZ AGUADO, 2010,2013).

⁸ Según el estudio del INJUVE (FERNÁNDEZ-LLEBREZ, 2012:104 y 106),el 14,6% de chicos frente al 4,9% de chicas ha protagonizado o participado en agresiones físicas. La proporción se incrementa hasta un 37,8 % de los chicos y un 17,1% de las chicas en el caso de las amenazas verbales. Porcentajes similares aparecen en otros estudios (DÍAZ AGUADO, 2010: 135-142).

⁹En esas mismas páginas se pregunta también por los mensajes sobre igualdad y las alternativas a la violencia escuchados *con frecuencia* a personas adultas: “si alguien te insulta ignórale” (62,3% chicos y 74,9% chicas) o “si alguien trata de pelearse contigo, trata de convencerle de que hay otra forma de resolver los problemas” (60,3% chicos y 73,5%). A nuestro modo de ver, son datos que evidencian que queda mucho trecho hasta que esas ideas sean asumidas por el conjunto de la población.

¹⁰Este estudio se realizó tres años antes con similares ítems, y el porcentaje de chicas y chicos que habían recibido este mensaje alguna vez era algo inferior, el 68,4% (29,3 % ellas y 33,5% ellos), lo que indica que esta falsa creencia no disminuye.

Las diferencias más significativas no vienen dadas por la variable generacional, excepto en algún indicador¹¹. Son otros elementos los que están operando en la dirección de una mayor disparidad y a los que conviene, por tanto, atender para una eficiente intervención. Señalaremos dos que vienen repitiéndose en el grueso de los estudios:

El primero es el género (sexo en algunos estudios), siendo el atributo que marca la diferencia más acusada en todos los estudios consultados para este informe. Se expresan notables distancias en la opinión de chicas y chicos, siendo ellas más conscientes de las desigualdades que ellos¹². El segundo es la nacionalidad: “son las personas de nacionalidad extranjera o doble las que menos desigualdad perciben” (DE MIGUEL LUKEN 2014:14-16). Otras variables, como las especificidades del mundo rural respecto del urbano, el nivel cultural o los condicionantes socioeconómicos de las personas afectadas tampoco pueden ser ignoradas para una intervención adecuada.

¿En qué se fundamenta la idea de que la juventud es más violenta?

Hemos intentado demostrar que la juventud no es más violenta que el resto de la sociedad y que no hay datos que avalen la tendencia a una mayor violencia que hace unos años.

A continuación intentaremos razonar en qué se fundamenta entonces la idea tantas veces oída de que la juventud es más violenta. Las razones que pretenden avalar esa afirmación, repetida como si de una verdad incuestionable se tratase son fundamentalmente cuatro:

La primera argumentación es que ha habido mayor volumen de denuncias presentadas por chicas jóvenes y mayor volumen de llamadas telefónicas al 016¹³. Sin embargo, este dato podría expresar que las mujeres jóvenes buscan ayuda antes, tal y como indicaba ya el primer Informe anual del Observatorio Estatal de violencia sobre la Mujer¹⁴ y se sigue reiterando en informes posteriores. Esta hipótesis es formulada también por Carmen Ruiz cuando afirma que “no debe practicarse una relación directa entre aumento de denuncias y aumento de la violencia de género, una mayor conciencia sobre la problemática, así como un mayor nivel de recursos públicos destinados a proteger a las mujeres podría estar detrás de este aumento...” (2016: 14). Una constatación que parece avalar también el estudio referido a las percepciones de jóvenes sobre la violencia de género, al destacar el mayor conocimiento de los diversos recursos que tienen chicos y chicas respecto al resto de la población, así como la mayor frecuencia con la que las chicas recurrirían al teléfono 016 (DE MIGUEL LUKEN, V 2014)¹⁵.

El segundo razonamiento es que han sido asesinadas también mujeres menores e incluso algunas adolescentes. Según el Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, en 17 años (desde 1999 hasta el 1 de Enero de 2017) han sido 50 las mujeres menores de 21 años asesinadas. Es un dato escalofriante, frustrante, pero no es significativo estadísticamente, no indica una tendencia al alza. De hecho, el peor año fue el 2004, en el que 9 chicas menores fueron asesinadas. Si atendemos en ese

¹¹ Por ejemplo, el amor en adolescentes según *Andalucía Detecta* (DE LA PEÑA, 2011: 46). “Por amor sería capaz a darlo todo sin esperar nada a cambio” (60,5% chicos y 40,7% chicas). Los chicos *están dispuestos a sacrificar su propio yo por amor*, en mayor proporción que las chicas. Una concepción sobre el peso del amor que se ubica mejor a más edad. U otras diferencias poco significativas cuando los indicadores a los que alude quedan más alejados de sus realidades vitales actuales (salarios, compaginar la vida laboral con la familiar...).

¹² Insiste Fernández - Llóbreg (2010:110) “En lo que respecta a las percepciones directamente relacionadas con la igualdad de género, se puede decir que igualmente son ellas las que tienen una percepción más cercana a la realidad de la igualdad de género en España [...] Aunque en ciertos aspectos ellos muestran un decisivo reconocimiento de las desigualdades de género [...] se observa por su parte una tendencia general de menor percepción de estas desigualdades”. Ver también DÍAZ AGUADO (2014) y DE MIGUEL LUKEN (2014).

¹³ Diversas estadísticas confirman este dato. Por ejemplo, el Informe Anual de la Fundación Anar señala que desde 2009 se han multiplicado por 10 el número de llamadas por violencia de género y, solo el año pasado, se registraron un 34,9% más. En concreto, en 2015 fueron 318 los casos de menores adolescentes que contactaron por maltrato de su pareja o ex pareja, la mayoría (el 85%) de nacionalidad española. Véase *El Mundo* 7/6/2016.

¹⁴ “Las diferencias en este indicador son más elevadas que en el anterior, poniendo de manifiesto una superior tendencia de las jóvenes a denunciar la violencia de género que la que se observa entre las mujeres de mayor edad”. Véase el I Informe Anual del Observatorio estatal de violencia sobre la Mujer. (MINISTERIO DE IGUALDAD 2007: 7).

¹⁵ El 84% de las mujeres de 15 a 29 años frente al 80% del total de mujeres afirman conocer la Ley Integral contra la violencia de género, el 016 y/o las campañas de sensibilización (DE MIGUEL LUKEN, V. 2014: 180).

mismo período al perfil de los varones que han asesinado, constatamos que son 15 los chicos que tienen menos de 21 años. Esta diferencia parece confirmar que las chicas establecen relaciones con varones mayores. No obstante, creemos que no deberían ser los asesinatos el indicador para medir si hay mayor o menor violencia de género, por más que evitarlos tenga que ser una prioridad de las políticas públicas.

La tercera argumentación para explicar la alarma social sobre la violencia juvenil se basa en el aumento, desde 2007, de menores enjuiciados por violencia de género y el descenso de la edad de éstos. Nos encontramos con algunas dificultades para medir la magnitud de la violencia a la que se refiere. De entrada, porque la Ley Integral de Violencia de Género (Ley Orgánica 1/2004) amplió mucho el concepto de violencia de género (incluyendo el insulto y la amenaza como delito cuando lo ejerce el varón), lo que probablemente ha contribuido a que más chicos lleguen a instancias judiciales. Además, detectamos que a veces se hace referencia indiscriminadamente tanto a comportamientos violentos en la pareja como en el ámbito familiar. Pero en todo caso, se está hablando de una media de poco más de 100 chicos juzgados al año, con oscilaciones poco relevantes¹⁶. Un volumen sin duda excesivo pero que se mantiene estable y no justifica las afirmaciones anteriores¹⁷. Finalmente el que haya algunos casos de chicos de menor edad enjuiciados no significa necesariamente que cada vez baje más la edad de ejercicio de violencia, sino que los jóvenes inician antes las relaciones de pareja¹⁸.

Una última argumentación, desde esta perspectiva que cuestionamos, consiste en no diferenciar entre sexismo y violencia, así como entre diversos comportamientos agresivos. El sexismo es un factor de riesgo para ejercer violencia pero no es lo mismo que maltrato psicológico o físico. La extensión de las mentalidades y estructuras sexistas, desgraciadamente, es muy amplia y excede por mucho a los comportamientos violentos. Y eso es así porque el sexismo no es el único factor que incide en las conductas violentas. Como hemos expresado anteriormente, las ideas problemáticas sobre el amor y la pareja o la legitimación de la violencia para afrontar el conflicto repercuten igualmente en dichos comportamientos. Factores todos ellos que resulta esencial tomar en consideración cuando se está ante mujeres que sufren violencia de género en el ámbito afectivo sexual¹⁹.

Forman parte de esa mirada uniformadora ciertas opiniones alarmantes como “son más machistas que sus padres”, que pueden basarse, como hemos mostrado anteriormente, en algún dato aislado que muestra efectivamente un rasgo sexista predominante entre los jóvenes o adolescentes o en un dato verdaderamente alarmante (como ese 70% que considera que los celos son muestra de amor), pero sin reparar en que están respondiendo a lo que han oído al menos en una ocasión a los adultos. Es decir, es una opinión compartida por el conjunto de la población.

Por otra parte, no se debe ignorar que el mayor volumen de actitudes agresivas en jóvenes son “de potencia menor” (actitudes abusivas, insultos, amenazas, etc.). Comportamientos todos ellos reprobables pero que no es deseable amalgamar bajo la etiqueta de violencia de género, sino esforzarse en el razonamiento de porqué dichos comportamientos son nocivos para la víctima y también para el agresor.

El único dato corroborado y repetido en todos los estudios consultados y al que por tanto debemos prestarle especial atención es el que se refiere al control de la pareja y a su legitimación entre la gente

¹⁶ Sumando todos los casos (con y sin imposición de medidas) de menores enjuiciados por violencia de género, en 2007 fueron 139; en 2008, 114; en 2009, 125; en 2010, 147; en 2011, 172; en 2012, 144; en 2013, 151; en 2014, 140; en 2015, 152 (146 con imposición de medidas y 16 sin imposición de medidas).

Los datos de 2007 hasta Junio de 2011 figuran en *Datos estadísticos judiciales en la aplicación de la L.O. 1/2004. Resumen de los 7 años*, pág. 36. Los restantes años figuran en las respectivas estadísticas anuales del Observatorio del Consejo General del Poder Judicial, sumando todos, con y sin imposición de medidas.

¹⁷ Muy preocupante resulta la sobrerrepresentación de chicos extranjeros en esta estadística.

¹⁸ Tal como contempla, por ejemplo, Díaz Aguado (2013:139): “La comparación de estos resultados, sobre la edad de la primera pareja con los de 2010 refleja una disminución significativa entre los chicos, que era de 13,5 en 2010 y es de 13,1 en 2013, lo cual equivale a una diferencia promedio de casi 5 meses. Entre las chicas, dicha edad se ha mantenido prácticamente igual, de los 13,8 a los 13,7 años. Conviene tener en cuenta, en este sentido, que los resultados de 2010 destacaban la precocidad en el inicio de las relaciones de pareja como una condición que incrementaba el riesgo de ejercer maltrato de género en los chicos adolescentes”. También Fernández – Llébreg (2010:110) constata que “los hombres jóvenes siguen iniciándose sexualmente antes. No obstante, puede observarse una tendencia decreciente en ambos géneros en los últimos años”.

¹⁹ Para abundar en esta cuestión ver OSBORNE, R. (2008).

joven. Ambos problemas están más extendidos entre las personas jóvenes que en el resto de la población. Nos detenemos en ello, dada su relevancia e importancia hoy para las políticas preventivas dirigidas hacia la juventud.

Algunas singularidades en la juventud

Los porcentajes, así como las conductas a las que se refieren, varían de unos a otros estudios, pero en todos a los que nos referimos en este texto aparece, con mayor o menor intensidad, el control como un problema central hoy en los comportamientos juveniles.

Algunos datos:

- En la Macroencuesta (DE MIGUEL LUKEN, V. 2015:68) se contempla que un 21,1% de chicas entre 16 y 24 años dice haber sufrido violencia de control de alguna pareja o ex pareja en los últimos 12 meses, frente a la media del 9,6% de las mujeres de cualquier edad que han tenido pareja en alguna ocasión.
- Y hasta un 33% considera aceptable el control (34% chicos y 32% chicas). Es decir, uno de cada tres jóvenes de 15 a 29 años considera inevitable o aceptable en algunas circunstancias “controlar los horarios de la pareja”, “impedir a la pareja que vea a su familia o amistades”, “no permitir que la pareja trabaje o estudie” o “decirle las cosas que puede o no puede hacer” (DE MIGUEL LUKEN, V. 2014:74).

Es también una realidad que confirma nuestra propia experiencia en prevención de la violencia. Hemos ido recopilando una larga lista de comportamientos de control sobre la ropa que se pone la chica; o la exigencia de darle las claves de las redes sociales o de los dispositivos, activar geolocalizador o estados de notificación en whatsapp... y también variados argumentos legitimadores para ejercer dicho control.

Es importante llamar la atención sobre el hecho de que las chicas y los chicos son menos críticos con este control que el resto de la población. El 68% de mujeres lo consideran inaceptable frente al 71% del total de la población femenina y el 66% de chicos jóvenes frente al 70% del total de hombres que la consideran totalmente inaceptable (DE MIGUEL LUKEN, V. 2014:74-75). Es más, suelen ser conductas toleradas porque las practican tanto chicos como chicas en el marco de la pareja. Como si el hecho de que la imposición de restricciones sea mutua pudiese legitimar actitudes intolerables en toda relación de pareja.

El extendidísimo uso de internet entre la juventud favorece dicho control, así como la propagación de otras prácticas como los insultos, amenazas u otras que rayan la violencia. Un 95% utiliza internet a diario para comunicarse, y casi uno de cada cuatro adolescentes pasa más de tres horas diarias en esta actividad. El 58,8% reconoce que les ha influido bastante o mucho, lo que muestra un aumento significativo respecto a años anteriores²⁰.

Compartimos la opinión de Djamil Tony Kahale, ganador del XVII Premio Leonor de Guzmán por el estudio “El impacto de las Apps en la violencia de género”, cuando declaró que el ciberespacio es un arma de doble filo: "Por una parte, son una herramienta de información, comunicación, espacio de libertad y de sensibilización eficaz, pero por otra, facilitan nuevas vías para el ejercicio de conductas violentas, como por ejemplo el ciberacoso, que supone una invasión sin consentimiento y repetida de la intimidad de la víctima" (*eldiario.es*, 3/5/2014).

Whatsapp, Tuenti y las llamadas al móvil son los medios más frecuentes para enviar y recibir mensajes insultantes o amenazantes. Son muchos los que los reciben, especialmente las mujeres: 10'5% ha recibido mensajes de acoso en el contexto de una relación de pareja con un chico. De las chicas que han sufrido esta violencia un 36% dice haber recibido algún mensaje que les había hecho “sentir miedo”, el 14,7% asegura haber recibido algún mensaje para presionarlas a participar en actividades de tipo sexual y hasta un 16,6% afirma que han visto difundidas imágenes suyas comprometidas o de carácter sexual sin su consentimiento. DÍAZ AGUADO (2013:139-143).

²⁰Este dato así como los siguientes referidos a internet son extraídos de dos estudios promovidos por la Delegación del Gobierno para la violencia de género: TORRES, CRISTOBAL (2014) y DÍAZ AGUADO (2013). Puede también consultarse un resumen en: http://www.violenciagenero.msssi.gob.es/laDelegacionInforma/pdfs/Ciberacoso_Adolescencia1.pdf

Los datos también revelan conductas de riesgo comunes en chicos y chicas: uno de cada cuatro adolescentes (el 28,1%) no considera conducta de riesgo responder a un mensaje en el que le insultan. Porcentajes similares de chicas (25%) y algo más notables de chicos (36%) no consideran muy o bastante peligroso responder a un mensaje en el que alguien que no conoce les ofrece cosas. Además, el 4,9% de las chicas y el 16% de los chicos no cree peligroso colgar una foto suya de carácter sexual; de hecho, el 1,1% de las jóvenes y el 2,2% de los chicos reconoce haberlo hecho en alguna ocasión.

Parece evidente la necesidad de educar, particularmente a los menores, en una mayor percepción de los riesgos y en una gestión más óptima de la intimidación. No tanto porque el volumen de agresiones sea mayor en las redes que en otros ámbitos, sino por el uso masivo de estos medios y los efectos singulares de éstos (durabilidad, expansión,...). La Red es un extraordinario recurso, negarlo, mirar hacia otro lado, pensar que no existen ciertos riesgos o que no se puede hacer nada para evitarlos es una equivocación. Compartimos con “Pantallas amigas”, la idea de que es nuestra responsabilidad tomar cartas en el asunto, poner los medios para que las generaciones más jóvenes hagan un uso seguro de internet y que, cuanto antes lo hagamos, mejor. En ese sentido nos parecen interesantes iniciativas como la unidad didáctica de Soraya Calvo (2015). Útiles nos parecen las recomendaciones para un mejor uso de este medio contenidas en el estudio de Iñire Estébanez (2013: 105) así como seguir ahondando en la diferente utilización que hacen chicas y chicos de este medio.

Una reflexión final

La realidad que hemos tratado de plasmar demuestra que las políticas preventivas hacia la juventud deben ocupar un lugar prioritario, ya que los datos, desgraciadamente, confirman que no ha habido ruptura generacional en relación con la violencia sexista en la pareja. Las cifras sobre denuncias, órdenes de protección o medidas cautelares²¹ y asesinatos no dejan lugar a dudas. La cuestión es cómo se encara este problema.

Si no cambiamos la mirada sobre la juventud, difícilmente podremos ayudarles. Ni los adolescentes ni los jóvenes son más violentos que el resto de la población. Son expresión de la sociedad en la que vivimos, y a su vez agentes activos de ésta. La realidad de los jóvenes, que es plural y diversa, no puede quedar reducida o deformada bajo el prisma de la violencia. Hay una minoría de esa juventud que mantiene comportamientos agresivos o violentos y la prevención debe orientarse a evitar que se conviertan en modelo de conducta.

Instamos a desarrollar una mirada en positivo que identifique lo constructivo que hay en la realidad que tratamos de modificar para potenciar los factores protectores contra la violencia y contra el sexismo. Para impulsar esos factores hemos de conocer la realidad y dilucidar en qué podemos apoyarnos para avanzar. En positivo quiere decir que partimos de ese 96% de jóvenes que rechazan la violencia sexista y de similares porcentajes en relación al valor de la igualdad entre mujeres y hombres, o en defensa del pacifismo y de la libertad²².

Las generaciones actuales de jóvenes tienen como referentes el pacifismo, la igualdad entre mujeres y hombres y otros valores relacionados con la libertad de elección de las personas (como por ejemplo, la defensa del matrimonio homosexual y la adopción de hijos e hijas de estas parejas, o a la diversidad de prácticas y deseos sexuales...; mayor tolerancia con la transexualidad y con expresiones diversas de

²¹En 2015, según el INE, han sido 1.546 las chicas menores de 19 años víctimas de violencia de género (con orden de protección o medidas cautelares), que se eleva a 3.093 en la franja de edad de 20 a 24 años. Los chicos denunciados, con adopción de orden de protección o medidas cautelares, han sido 606 los menores de 19 años y 2.234 en la franja de edad de 20 a 24 años. 7 de Junio de 2016.

²² En el informe del INJUVE (FERNÁNDEZ LLÉBREZ 2010: 37 y 96), más del 95% de los y las jóvenes afirman estar “bastante a favor” o “muy a favor” de la igualdad de género (tabla 8) y “de acuerdo o muy de acuerdo” con la afirmación: “la igualdad de género hace la sociedad más justa” (tabla 85). Una sensibilidad compartida por el conjunto de la población. En el Eurobarómetro 2012 el 32% de los españoles opinaba que las desigualdades de género eran un problema muy serio y el 47% bastante serio. Un porcentaje muy superior al manifestado por la media de las personas europeas encuestadas (15% y 37% respectivamente). FLASH EUROBAROMETER 341. Resultados España.

género...). Apoyándonos en esos valores, sin duda desigualmente interiorizados por unas y por otros jóvenes, es como podremos erradicar el sexismo y los comportamientos agresivos y violentos que también existen. Esto es lo que queremos decir cuando afirmamos que queremos reforzar lo mejor de cada persona y lo mejor de la sociedad en la que vivimos.

Evidenciar lo mejor, es decir, los valores citados que nuestra juventud encabeza en las estadísticas, es tan importante como identificarlos principales obstáculos para poder avanzar. Necesitamos apoyarnos en el valor de la libertad, tan apreciado por nuestros jóvenes, para poder razonar porqué entonces coartarse voluntariamente accediendo al control de la pareja. Necesitamos profundizar en la cultura pacifista de esos jóvenes para arrinconar los comportamientos violentos en el afrontamiento de conflictos, que la contradicen. Necesitamos apoyarnos en el valor de la igualdad entre mujeres y hombres, cuya aceptación raya la unanimidad de las chicas y chicos, para seguir avanzando en lo mucho que queda pendiente.

A lo largo del texto hemos desgranado problemas específicos de la adolescencia y de la juventud actual, así como variables (género, origen étnico, etc.) que deben tomarse en consideración para precisar las intervenciones que podamos realizar. Y en cualquier caso, hemos de profundizar mejor en el diagnóstico. Avanzar en la investigación, sobre el porqué de la distancia (en algunos aspectos importante) entre el valor del pacifismo y el afrontamiento violento de los conflictos, así como los comportamientos abusivos y violentos en el seno de la pareja y en las relaciones interpersonales. Tenemos algunas claves explicativas, pero son insuficientes. Confrontar estas ideas con la gente joven, escuchar sus explicaciones, dialogar, razonar, demostrar las contradicciones, buscando una mayor coherencia en los comportamientos... todo ello debería formar parte de las políticas preventivas que urge implementar.

Belén González Paredes y M^a Antonia Caro Hernández son educadoras sociales y coordinadoras del Programa Por Los Buenos Tratos. www.porlosbuenostratos.org

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ALBERDI, I. (1999). *La nueva familia española*. Madrid: Taurus.

CALVO GONZÁLEZ, S. (2015). *Propuesta didáctica para 2º ciclo de la ESO #sextingpositivo#*. Oviedo: Conseyu de la Moceda del Principáu d'Asturies.

CARO M.A. y FERNÁNDEZ-LLEBRÉZ, F., coordinadores, (2010). *Buenos Tratos: prevención de la violencia sexista*. Madrid: Talasa.

DE LA PEÑA, EM, RAMOS, E, LUZÓN, JM Y RECIO, P. (2011). *Sexismo y Violencia de Género en la Juventud Andaluza. Resultados y recomendaciones*. Sevilla: Instituto Andaluz de la Mujer. Consejería para la Igualdad y Bienestar Social.

DE MIGUEL LUKEN, V. (2015). *Macroencuesta de violencia contra la mujer*. Madrid: Delegación Gobierno para la Violencia de Género, Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.

DE MIGUEL LUKEN, V. (2014). *Percepción de la violencia de Género en la adolescencia y la juventud*. Madrid: Delegación del Gobierno para la Violencia de Género, Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.

DÍAZ AGUADO, M.J. (2005). Juventud y violencia de género. En Los problemas que afectan a la infancia y a la Juventud. Reunión Nacional de Coordinación de Defensores del Pueblo. Alicante.

DÍAZ AGUADO, M.J. y CARVAJAL GÓMEZ M.I. (2010). *Igualdad y prevención de la violencia de género en la adolescencia*. Madrid: Ministerio de Sanidad Política Social e Igualdad. 8 colección contra la violencia de género. Documentos.

DÍAZ AGUADO, M.J. (2014). *La evolución de la adolescencia española sobre la igualdad y la prevención de la violencia de género*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad. 19 colección contra la violencia de género. Documentos.

ELZO, J. *Valores e identidades en los jóvenes*, en Pedro González Blasco (dir), *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid, 2006.

ESTEBANEZ, I. (2013). *La desigualdad de género y el sexismo en las redes sociales*. Vitoria: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno vasco.

FERNÁNDEZ-LLÉBREZ, F. (2012). *Cambios y persistencias en la igualdad de género de los y las jóvenes en España. (1990-2010)*. Madrid: INJUVE.

GONZÁLEZ, R. y SANTANTA, D. (2001). *Violencia en parejas jóvenes: análisis y prevención*. Madrid: Pirámide.

MINISTERIO DE IGUALDAD (2007). *I Informe Anual del Observatorio estatal de violencia sobre la Mujer*.

IZARRA M., PINTO M. J. y ARROYO L. "Parejas jóvenes: del amor y sus límites", en Cristina Brullet y Carmen Gómez-Granell, *Malestares: Infancia, adolescencia y familias*, Graó, Barcelona, 2008.

MEIL LANDWERLIN, G. (2014). *Análisis de la encuesta sobre percepción social de la violencia de género*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.

OSBORNE, R. (2008). *De la violencia (de género) a las cifras de violencia: una cuestión política*. Madrid: *Empiria*. Nº 15, enero-junio.

RUIZ, C. (2016). *Voces tras los datos. Una mirada cualitativa a la violencia de género en adolescentes*. Sevilla: Instituto Andaluz de la Mujer. Consejería de Igualdad y Políticas Sociales.

TORRES, CRISTOBAL (2014). *El Ciberacoso como forma de ejercer la violencia de género en la juventud: un riesgo en la sociedad de la Información y del conocimiento*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.

VALDEMORO PASCUAL, J. y PEYRÓ ARCAS, M.J. "Juventud y violencia de género". En INJUVE, *Revista de Estudios de Juventud*. 86, Delegación del Gobierno para la Violencia de Género. Ministerio de Igualdad, Madrid, 2009.